

Por Miguel Alemán Trujillo

La lectura de tu novela, que dicho sea de paso es la primera que leo, me ha causado una grata impresión, que no sorpresa, puesto que después de haber leído *Suaves cuentos de destrucción* y *Papiroplexia*, sabía que eres un escritor superdotado, capaz de afrontar cualquier reto literario que te propongas y resolverlo brillantemente.

La novela está estructurada en cuatro capítulos, con sugerentes títulos: I Desterrar la duda y el dolor II Las voces de los herejes III El llanto del simio y IV Ese largo día de Marta. Cada capítulo de introducido por dos hermosísimas citas, que son el marco y preparan la atmósfera del cuadro que vamos a contemplar. Sólo por citar dos, hoy, yo me quedo con la de San Francisco de Asís y la de Lucía Etxebarría. Así, nos invitas, o tal vez debería decir, nos desafías, a un viaje de observación pero sobretodo de auto-observación de la condición humana en su proceso de búsqueda de la felicidad. Nos presentas en el escenario de Santa Cruz y La Laguna, dos años después de la *gran riada* a un grupo de perdedores, al menos según la escala de valores imperante en la sociedad tecno-salvaje que nos ha tocado vivir. Algunos luchan por realizarse y encontrar su lugar en el mundo. Otros ya se han rendido y se limitan a interpretar el personaje que se les ha asignado. En todos ellos late una íntima tristeza, y resulta curioso ver como siguen los modelos prefabricados por la sociedad para obtener así la esquiva felicidad prometida y el éxito profesional.

Cada personaje vive en su propia jaula mental prisionero de sus propios códigos (la sociedad los ha programado) y en una estructura mental cristalizada. Gradualmente, vamos conociendo los cómo, los cuándo y los porqués de sus *heridas de guerra*, aún en carne viva, porque no olvidan y por lo tanto no se pueden perdonar.

La solución a este eterno drama existencial se nos muestra en el último capítulo (el más auto-referencial), a través del personaje de Adán Janumana Parsifal, una especie de maestro espiritual a través del cual nos habla el autor en persona: La clave para ser feliz es la autenticidad, es decir, ser uno mismo. Sólo tenemos un camino, cambiar nuestra visión egótica por una más espiritual. Debemos pues trascender los personajes que interpretamos y a los que inconscientemente nos aferramos. La novela termina con un tono optimista y vivificante: ¡Qué bello es reír!

Personalmente estoy de acuerdo con tu propuesta. La vida, creo yo, es algo que nos atraviesa y que no podemos controlar, al menos, en su totalidad. Sólo podemos afrontarla con una mirada fresca y renovada cada día, para desde ese estado mental disfrutar del milagro de lo cotidiano. ¿Acaso sabía Giuseppe Arcimboldo que varios siglos más tarde, sus lienzos adornarían la puerta de acceso a la cripta sagrada que protege los cofres dorados que contienen el universo literario de Alberto Omar Walls? He aquí una de mis citas favoritas: “El mayor descubrimiento de cualquier generación es el de que los seres humanos pueden cambiar sus vidas cambiando sus actitudes mentales” (Albert Schweitzer).

De esta *Soledad Amores*, me gusta especialmente su prosa poética para expresar de forma artística lo más cotidiano y lo más primitivo de las relaciones humanas, capaz de producir desgarros en el corazón de los críticos más crueles e insensibles. Se podría decir, amigo Alberto, que tienes un lenguaje dactilar, inconfundible y muy personal que deja sus huellas en todo lo que escribes. *Soledad Amores* es, toda ella, como un gran grito de amistad y amor, lo que a mí personalmente me deja sin palabras. Creo que la mejor manera de mostrar respeto hacia un escritor es leyendo sus libros. La mayor muestra de respeto hacia un amigo es la lealtad, incluso en la discrepancia. Yo seguiré leyendo tus libros porque son adictivos y su mordedura es letal para el ego. Recibe, Alberto, un cálido abrazo de parte de Miguel [31/01/2010. 18:07]

RESPUESTA

Mi querido Miguel: hoy te vi y fotografié en la XXII Feria del Libro de Santa Cruz de Tenerife. Fíjate, pensé sólo ir a oír y ver a mi viejo amigo Fernando Delgado, que vino de Madrid a presentar su último libro publicado en Idea, y me encontré a más amigos y amores: a mi madre Amparo Walls Hernández [la autora de *Mariposas de papel* y *Párrafos de la memoria*], bien conducida por mi hermana Marita, al propio Fernando y a los hermanos Paco y Pili Pomares, a la inefable Elsa López, a Carmen de la Rosa Moro y su hijito Pablo, a dos Elenas, la escritora Morales y la actriz Helena Turbo que acababa de regresar de ganar premios en la Península con su montaje *Luz, más luz*; y también hablé con el gran profesor José Ramos Arteaga, y vi de lejos a Pablo Martín Carbajal, pero me tuve que ir a toda prisa...

Hablamos poco, pero me quedé patitioso cuando me dijiste que habías escrito en el blog de mi web en la página que se refería a mi novela *Soledad Amores*. ¡Ahí perdí los papeles! ¿Pero cómo se puede ser tan despistado?, ¿tener un blog y no leer la cartas que te envían? Puesto en la búsqueda, acabo de leer la tuya, que tiene fecha de enero de este año, y, aunque conlleva un tono íntimo de misiva personal, me ha parecido tan sabio todo lo que dices en ella, que he tenido la sensación de que se trataba, por lo inteligente, de una lectura de ojo crítico y observador profundo.

Miguel, me ha gustado mucho tu texto, carta o crítica; te estoy agradecido y espero poder seguir cumpliendo, al menos en esta ardua labor de escritor, con la certeza y equilibrio que me apuntas... Y gracias, gracias por tu generosidad. Un fuerte abrazo, de Alberto.